

CAPITULO XVI.

POETAS DEL REINADO DE ENRIQUE IV.

Relaciones literarias entre Castilla y Portugal.—Ingenios portugueses, que cultivan la lengua y poesía castellana.—El infante don Pedro.—Sus poesías.—Sus *Coplas del Contempto del mundo*.—Juicio de este poema.—Su influencia en los ingenios portugueses.—Don Pedro, el Condestable de Portugal.—Sus relaciones con los poetas castellanos.—Sus obras.—Su *Sátira de felice é infelice vida*.—Sus poesías.—Su influencia en la córte portuguesa.—Triunfo de las escuelas poéticas dominantes en Castilla.—Prosecucion de las mismas en la España Central.—Discípulos de Mena y Santillana.—Pero Guillen de Segovia.—Sus obras poéticas.—La *Gaya sciencia*.—Diego de Búrgos.—Sus poesías.—Análisis y juicio del *Triunfo del Marqués*.—Significacion de este poema en el desarrollo de la escuela dantesca.—Don Gomez Manrique.—Sus poesías.—Exposición y juicio de los *Vicios y virtudes*, los *Consejos á Diego Arias*, las *Coplas al mal gobierno* y el *Regimiento de Principes*.—Análisis del poema *Á la muerte del Marqués*.—Jorge Manrique.—Carácter general de sus poesías.—Las *Coplas á la muerte de su padre*.—Representacion de esta elegia en la esfera del sentimiento.—Su popularidad.—Juan Alvarez Gato.—Sus poesías amorosas.—Sus versos religiosos.—Sus composiciones morales.—Dotes características que en ellas resaltan.—Conformidad de los ingenios castellanos, al juzgar la córte de Enrique IV.—Las *Coplas del Provincial* y de *Mingo Revulgo*.—Exámen de las últimas.—Sentido político y moral que revelan.—Su carácter literario.—Ministerio de la poesía durante el reinado de don Enrique.—Sentido interno que la avalora, etc.

El extraordinario movimiento que las letras castellanas recibieron en la España Central, durante el largo reinado de don Juan II, no solamente cundia, cual vá apuntado, á las regiones orientales de la Península, propagándose al suelo italiano, sino

que extendiéndose también á las partes de Occidente, en que hallaba la poesía de los Menas y Santillanas muy ilustres cultivadores, estaba llamado á ejercer en los siguientes reinados grande y decisivo influjo. Todos los terrenos del arte y de la ciencia se habían removido con igual anhelo y energía; y si no era posible asegurar que el fruto había correspondido en todos al esfuerzo de los doctos, tampoco podía desconocerse que estaban aquellos gérmenes llamados á fructificar en no lejanos días, á pesar de las violentas y aun escandalosas contradicciones de la política, desatados, tras el suplicio de don Álvaro de Luna y la muerte del rey don Juan, los mal refrenados vientos de la anarquía señorial, que de antiguo trabajaba á España. La teología y la filosofía, la historia y la novela, la poesía y la elocuencia, en la variadas manifestaciones á la sazón posibles, habían logrado entre los ingenios de Castilla, amplio cultivo, al mismo tiempo que abiertas á su contemplación las fuentes de la antigüedad clásica, aspiraron según la afortunada expresión del marqués de Santillana, á poseer «las materias, ya que carecían de las formas»¹.

Su ejemplo, segundado al par en Nápoles, Aragón y Navarra, hallaba en el suelo de Portugal esmerados imitadores; y la lengua del Rey Sabio y de don Juan Manuel resonaba en las postreras márgenes del Guadiana y del Tajo, mostrando el predominio que alcanzaba ya entre todos los *romances* hablados en la Península Ibérica, como estaba sucediendo en los opuestos confines, según han visto los lectores. Ni podían ser más insignes y honrosos para Castilla aquellos mismos ejemplos: si en la corte de don Juan II se preciaban de trovadores los más altos personajes, ejercicio en que tomaba también parte el mismo rey, honrábanse en la de Alfonso V de Portugal, con el título de discretos metrificadores, los príncipes de la sangre, ganando entre todos alta nombradía el Infante don Pedro, hijo del vencedor de

¹ Carta á su hijo don Pero Gonzalez de Mendoza, pidiéndole que tradujese la *Iliada* (*Obras del Marqués*, pág. 482 de nuestra edición.—Madrid, 1852).

Aljubarrota, y el celebrado Condestable del mismo nombre, á quien el marqués de Santillana dirigió su famosa *Carta* sobre la poesía.

Era el Infante de Portugal, duque de Coimbra, uno de los hombres más ilustrados de su tiempo: su incesante anhelo de cultura le había sacado en la juventud de su patria, llevándole á visitar las cortes más celebradas de Europa, donde trabó amistad con muy doctos varones. Sus viajes se extendieron también á alguna parte del África y del Asia, dando origen á la vulgar creencia de que había andado las siete partidas del mundo, y á que se le designara por tanto con el nombre de *don Pedro, el de las siete Partidas*¹. Restituido á su patria, ganóle la universal estimación el conocimiento de sus estudios, no menos que su acreditada prudencia; y muerto su hermano, el rey don Duarte, en la pestilencia que afligía á Portugal, por los años de 1440, nombráronle los grandes del reino tutor del niño Alfonso, que no pasaba á la sazón de un lustro, con menosprecio de la reina viuda, doña Leonor, á quien había señalado el rey para ejercer el expresado cargo, con la gobernación del Estado, que igualmente era confiada al duque de Coimbra. Largos años dirigió don Pedro las riendas del gobierno, mostrándose grandemente aficionado á las letras y dispensando, como su herma-

¹ Sarmiento, *Memorias para la Historia de la poesía*, núm. 834. La popularidad del Infante, en este sentido, llega á los tiempos modernos, y es tal que los poetas del siglo XVII, aluden á sus viajes, con la frase ya convenida de las *Siete partidas*, aun hablando en tono burlesco. Góngora, por ejemplo, decía en uno de sus más bellos romances de este género:

Recibí vuestro billete,
dama de los ojos negros,
con mil donaires cerrado
y con mil ansias abierto;
y en fé de los treinta escudos,
que en aquel renglon tercero
vienen en un alma mía
enmarañados y envueltos,
os envío ese inventario
de las *partidas* que os debo:
que es como si os enviara
las del Infante don Pedro.

no ¹, honrosa proteccion á los que se consagraban á su estudio, no ya sólo en Portugal sino tambien fuera de aquel reino. Llevado de esta natural inclinacion y pagándose de poeta, dirigia á los más celebrados ingenios de Castilla delicados *dezires* y *loores*, solicitando su amistad literaria: digno es de recordarse el que intitulaba con este propósito al celebrado Juan de Mena, reconociendo en él aquella misma superioridad, que le confesaban sus compatriotas ².

¹ Don Duarte de Portugal, padre de Alfonso V, logra, como otros reyes que dejamos ya mencionados, distinguido lugar en la historia de las letras portuguesas, pues no solamente se mostró, en el breve plazo de su reinado, protector de los que se consagraban á su cultivo, sino que consagró tambien sus ocios á escribir un tratado sobre la forma cómo se debe gobernar un reino (Mariana, *Hist. general de España*, lib. XXI, capítulo XIII). Los escritores portugueses, si bien reconocen que no hizo «cosas muy notables», mientras ciñó la corona, le tributan como escritor merecidos elogios.

² Las coplas dirigidas á Juan de Mena, y antes de ahora tenidas en cuenta (Sarmiento, *Memorias*, núm. 820), empiezan del siguiente modo:

Non vos será gram louuor
por serdes de mym louuado:
que nam som tan sabidor
em trouar que vos dey grado.

En ellas le da el Infante gobernador títulos de «*sabedor é bem falante*», «*amor trouador sentido*», «*cronista abastante*», etc., lo cual es prueba irrecusable de que obtuvo Mena este honroso encargo del rey don Juan, siendo un hecho público y conocido, no sólo en Castilla sino fuera de ella. El Infante se muestra muy conocedor de las obras del poeta de Córdoba, manifestándole que no tenia igual en el arte de la *poetria*, y pidiéndole las poesías, que no le eran familiares.—Juan de Mena le contesta elogiando sus dotes, servicios y virtudes, y recordando sus viajes ya famosos le dice:

Nunca fué, despues ni ante,
quien viesse los atavios
é secretos de Levante,
sus montes, islas é ríos,
sus calores é sus frios,
como vos, señor Infante, etc.

Don Pedro le replica al fin, dándole cumplidas gracias. Vieron la luz estas composiciones en el *Cancionero de Resende*, fól. LXXII v.—La primera lleva este epígrafe: «Do Infante dom Pedro, fylho del rrey dom Joam, em louuor de Joam de Mena.»

Compartia en tal forma los ocios literarios y los graves cuidados de la república; y atento asimismo á los medros de su familia, desposaba desde muy temprano al rey pupilo con su hija doña Isabel, llevando á cabo siete años adelante este ambicionado matrimonio (1448). Mas allí donde juzgaba hallar más firme apoyo á su poder, estaba la causa de su ruina: declarada la mayoridad de don Alfonso, comenzaron los grandes del reino á volver la espalda al duque de Coimbra, y creciendo el desabrimiento, que fomentaba su propio hermano don Alonso, conde de Barcelos, á quien antes colmára de mercedes, dándole titulo de duque de Braganza, le descomponian al fin con el rey, só pretexto de que intentaba envenenarle; acusacion absurda y malévola, que sólo podia hallar calor en un príncipe mozo y de poca experiencia. Avisado á tiempo del peligro, recogíase en Coimbra, resuelto á hacer desde allí rostro á la fortuna; y concertado con los ciudadanos de Lisboa, que le conservaban la antigua aficion, se dirigia al poco tiempo á la expresada ciudad, con ánimo de señorearla. Pero las cosas estaban dispuestas de otro modo: noticiosos de su proyecto, le armaban sus enemigos junto á la Alfarrobera diestra celada, cayendo á deshora sobre él y los ginetes que le seguian. Don Pedro era valiente, y no fué el triunfo tan fácil como sus émulos sospechaban. Cargado de heridas y acusado de numerosos enemigos, caia al postre en la refriega, perdidas á un tiempo la vida y la esperanza de nuevo engrandecimiento, apenas cumplidos los 57 años (1449). La saña del joven don Alfonso se manifestaba públicamente, negando la sepultura á su tutor, su tio y su suegro; pero pasado el primer enojo ó convencido de la calumnia, mandaba que su cadáver fuese trasladado á Aljubarrota, donde tenian los reyes de Portugal su enterramiento, haciéndole solemnes exequias ¹.

El desastrado fin del Infante don Pedro era en verdad elocuente aviso de privados, bien que no de esperar, conocidos los antecedentes de su vida, la rectitud de su gobierno, no contradicha en largos años, y sobre todo la severa moral, de que habia

¹ Mariana, *Hist. gen. de España*, lib. XXII, cap. VII.

hecho noble alarde en sus escritos. Tienen entre todos lugar preferente las *Coplas* compuestas en lengua castellana, con título de *Contempto del Mundo*¹, las cuales le asocian por extremo á los ingenios de la España Central, dando al propio tiempo levantada idea de su carácter y del esmero con que en medio de más serias atenciones cultivaba la poesía. Dejándose llevar de la comun corriente, había don Pedro cantado el amor de la misma suerte que la gran mayoría de los poetas castellanos, aragoneses, navarros y catalanes, examinados hasta ahora, y tal como lo verificaban generalmente sus compatriotas, filiados, cual aquellos, en la escuela provenzal²: aspirando á más alto galardón, procuraba en sus famosas *Coplas* seguir las huellas de los antiguos cultivadores del arte *didáctico*, imitando á los Ayálas y Santa Marías y hermanándose con los Guzmanes y los Mendozas. Su poema del *Menosprecio del mundo*, que bien pudo intitularse también, siguiendo la inclinación del tiempo, *Doctrinal de virtudes*, revelaba, con aquel generoso anhelo, un espíritu superior y libre de las preocupaciones vulgares, mereciendo en

1 Publicóse este poema en el citado *Cancionero de Resende*, folio LXXIII r. y siguientes con este título: «Do Infante dom Pedro, fylho del rrey dom Joam da gloriosa memoria sobre ó menosprecio das cosas do mundo em lengoaje casthellano, as quales tem glosa». — Imprimióse también aparte, con el siguiente epígrafe: Coplas fechas por el muy illustre don Pedro de Portugal: en las quales hay mil versos con sus glosas, contentientes del menosprecio é contempto de las cosas fermosas del mundo é demostrando la su vana é feble beldad.» Al final se lee: «Acábanse las coplas fechas por el muy illustre señor Infante don Pedro de Portugal. Deo graças.»

2 Tal es el carácter que ofrecen las contadas poesías amorosas que han llegado á nuestras manos. Á fin de que los lectores formen concepto por sí, trasladaremos la *cancion* que al fól. 78 del cód. VII. A. 3 de la Biblioteca Patrimonial de S. M., antes repetidamente citado, existe: Dice así exactamente:

Bien diré d'amor,
pues que me le fes
quedar esta ves
por seu seruidor.
Eu tem vountade
d'amor me partir,
et tal en verdade
nunca ó seruir,

sin aver gaardon
de minya señor.
Ho amor me desía
un día falando,
si me plazeria
amar de seu bando
gentil graciosa
de fina color.

este transcendental sentido la estimación y el respeto de la crítica del siglo XIX.

Escrito en versos de arte mayor, como los de Mena y Santillana, formaba un cuerpo de ciento veinte y cinco octavas, en que no sólo recogía la doctrina más autorizada de los moralistas, respecto de todas las situaciones y vicisitudes de la vida, sino que procuraba también consignar el fruto de su propia experiencia. Tras una dedicatoria en prosa, dirigida al rey don Alfonso¹, empieza el poema con una invocación, en que revelando el superior intento á que aspira, muestra desde luego don Pedro su condición de erudito, haciendo gala de conocer la antigüedad clásica á la manera que la conocían los ingenios castellanos: levantadas á Dios sus miradas, cual fuente de todo bien durable, pide á Minerva su protección y escudo, para dar cabo á su empresa, del siguiente modo:

Miremos al çelso | é muy grande Dios;
dexemos las cosas | caducas é vanas:
retener deuemos | las firmes con nos,
las útiles, santas, | muy buenas é sanas.
O tú, grand Minerva, | que siempre emanas
muy veros preçeptos | en grand abastança,
imploro me muestres | tus leyes sobranas
é fiere mi pecho | con tu luenga lanza.
Dame tu escudo, | claro cristalino,
é ármame todo | con armas seguras,
para que contraste | al mortal venino
y ravidas caninas, | feroces, muy duras.
Tú sabia maestra, | tú que nos procuras
sciências santas, | humanas divinas,
arriedra mi sesso | de mundanas curas;
distila en mi [mente] tus dulçes doctrinas.

1 No consta esta dedicatoria en los impresos antes mencionados; pero sí en algunos códices del mismo siglo XV, como notó ya el laborioso Mendez en su *Typografía española* (pág. 138). La expresada dedicatoria, en que se intitula al rey don Alfonso «señor de la insigne é muy guerrera africana çibdat,» empieza: «No se me olvida, invectíssimo señor et muy glorioso rey, aver leydo en la introduccion de Boeçio», etc. Segun advertimos en el texto, el Infante no renunciaba desde la primera línea de su poesía al galardón de docto.

Tras esta doble invocación, se abre el poema, pintando la instabilidad de la fortuna, así en la prosperidad como en la desgracia; y reparando en lo frágil y caduco de la «mundana riqueza», en lo engañoso de la vanagloria, en lo pueril de las honras y dignidades terrenas, fija el poeta sus miradas en la dignidad de los reyes, ofreciendo intencional bosquejo de los buenos y de los malos, y se detiene algún tanto á considerar la suerte de los que gozaban de la privanza, llamando en verdad la atención que el docto repúblico, de quien tan perfectamente eran conocidos sus peligros y estragos, se dejase arrebatar tan sin consejo en su corriente, hasta perecer en sus engañosas sirtes ¹. Ni es menos digna de notarse la singular manera, con que un infante de Portugal, hijo de reyes y gobernador del reino, tomada en cuenta la falaz ponzoña de los deleites corporales, menospreciaba «la clara prosápia», á que no servía de engaste y corona la virtud, exclamando, animado de este generoso convencimiento:

Todos somos hijos | del primero padre;
 todos trayemos | yguale nascimiento;
 todos auemos | á Eva por madre;
 todos faremos | un acabamiento.
 Todos tenemos | bien flaco çimiento;
 todos seremos | en breve só tierra:
 el proprio noblesçe | meresçimiento,
 é quien ál se pienssa, | yo pienso que yerra ².

¹ Es en verdad digno de ser conocido el pasaje en que el Infante pinta los efectos terribles de la *privanza*. Apostrofándola, dice:

Tu mal es el bien | mayor que poseyes;
 gozo é salud | da tu gran ferida;
 tus propios daños | non miras nin veyes,
 sinon si delante | veyes tu caída,
 Estonçe de los tuyos | eres conocida,
 los quales á beodos | son bien comparados;
 pues quando su pompa | dellos es fuyda,
 retornan en sí | con menos cuidados.

 Contesçe á menudo | los reys sus priuados
 á que sublimaron, | de los abaxar
 con muertes, tormentos | crudos, non pensados,
 pensando potentes | así se mostrar, etc.

² Mencionamos ya estos versos en el tomo II, pág. 22.

Colocado en tal altura, contempla don Pedro cuán pasajeros son en la vida los dones de la hermosura y cuán amargo el fruto de la incontinencia, no olvidada la «angustia que causan los malos hijos», principalmente á los reyes, en quienes el poeta parece tener puestas sus miras. Á este mismo blanco se dirige, revelando despues la vanidad del amor popular, ciego siempre y desatentado: al fin prorrumpe:

Al cáos profundo | á horas abaxa,
 á horas soblima | al çielo, loando;
 en él piédad | jamas non s'encaxa;
 los sus benefiçios | siempre ván errando.
 Es todo ingrato, | crudo é nefando;
 los malos ensalça, | los buenos opprime;
 á la falsa fama | jamás vá mirando;
 nin siento virtud | que á él se arrime.

La floreciente juventud y la fuerza corporal, dañosas para el hombre sin la guía del buen consejo, y el inmoderado anhelo de larga vida, fuente inevitable de cuitas y desengaños, le llevan á detener un punto sus miradas en las relaciones sociales, tropezando en la amistad, ardiente, estrecha en los tiempos de la «dulce fortuna», fria, tornadiza y abiertamente desleal en los dias adversos. Despues añade:

Quando los gemidos | son más auivados,
 el leal amigo | allí permanesçe:
 de tales amigos | son pocos fallados,
 porque nuestro siglo | de virtud caresçe.
 La maldad abunda, | caridad fallesçe:
 siguen como moscas | aquellos la miel:
 ya vera amistad | nin es nin paresçe;
 entre mil apenas | se muestra uno fiel ¹.

Quien de esta manera consideraba á su siglo, levantaba en medio del presente dolor su corazón y su esperanza á la contemplación del *Bien Soberano*, invocando de nuevo el auxilio divino para ofrecer á los hombres el remedio de tantos males, y exci-

¹ *Cancionero de Resende*, folha LXXVI r.

tando al propio tiempo á su musa, para que prevenga la desesperacion, á que puede llevar el triunfo de los vicios:

Canta, santa musa, | en coplas y versos;
resuenen tus voces, | fieran los oydos
de todos los ombres | buenos é perversos:
busca armonia | de dulçes sonidos.
E sean remedios | aquí prevenidos,
porque non pervenga | desesperacion:
demuestra los bienes | que son infinidos;
faz tu patente | nuestra salvacion 1.

Estriba esta únicamente en el ejercicio de las virtudes: la santa *pobreza*; la pacífica y contemplativa *soledad*; la *humildad* inocente é ingénuo; la esforzada *continencia*; la generosa *misericordia*, «madre é nutriz de todos los bienes»; la *obediencia*, dote sólo del prudente; la *paciencia*, fuente de perfeccion y antidoto eficaz contra la tristeza, el odio y la ira; la *constancia*, la *clemencia* y la *honestidad*, íntimamente asociadas á la *liberalidad* y al *loable silencio*, muestran el camino de la *fulgente verdad* y de la *verdadera é firme libertad*, de donde se eleva el poeta á la idea del *temor* y del *amor divino*, exclamando en este momento:

Oyan los cielos | lo que hablaré,
é oya la tierra | é oya la mar:
inclinen oydos | á lo que diré;
oyan atentos | el mi razonar.
Oyan animales | mi breve hablar,
asi quadrupedos | como racionales;
oyan las aues | señoras del volar;
oyan los mis versos | todos los mortales 2.

Dios, para quien todo está presente, rey de reyes y señor de señores, de cuyas manos brota todo bien perpétuo, galardnando todos los merecimientos y castigando con pena inmortal todos los vicios, es pues el *Soberano Bien*, que muestra el poeta á la contemplacion de los hombres, exhortándoles vivamente

1 Id., id., ad. finem.

2 Id., id., folha LXXIX.

á seguir la senda que á su posesion conduce, no ya mirando á la pequeñez de las cosas terrenas y mundanales, sino volviendo la vista á lo alto en alas de la virtud, para ser conducidos á la presencia del Omnipotenté, Uno y Trino. Al poner fin á su poema, recordaba don Pedro el estado de su siglo, temiendo que el ensalzamiento de los malos, y la aficcion de los buenos, extraviasen á los más, perdido así el fruto de toda salvadora doctrina 1.

Hé aquí lo que son las famosas *Coplas del Infante don Pedro*, tan celebradas en su edad por castellanos y portugueses, bien que no consideradas todavía cual monumento que revela en la historia de las letras patrias aquella influencia que iba dando en toda la Península claras señales del predominio político é intelectual, alcanzado por la España Central sobre todas las extremidades de la misma. Don Pedro, anhelando la gloria de los preclaros ingenios de Castilla, les pide su lengua y ensaya generoso el arte por ellos cultivado; mas si no puede menos de sorprendernos la propiedad y áun la correccion que ostenta, al manejar la lengua de Villena y Santillana; si hallamos en sus *Coplas* muy á menudo verdadera riqueza de diction y no escaso color poético, lícito es tambien observar que encontramos repetidos rasgos de inexperiencia respecto del lenguaje, abundando las maneras de decir propiamente portuguesas, mientras descubrimos en la estructura de los versos hartas incorrecciones, que nos revelan en el poeta no poca fatiga y más que mediano esfuerzo para lograr las armonías de Mena, que tanto aplauso habian merecido al ilustrado Infante. Compuesto sin duda por los años de 1440 á 1446 2, nos advierte pues el *Con-*

1 Hé aquí la estrofa, con que termina el poema:

Si veys á los malos | ser muy ensalzados,
é veys á los buenos | venir aflicciones,
non por aqueso | sed vos apartados
de gular al bien | vuestros corazones.
Porque los perversos | con sus falsos dones
al fin *in eterno* | sosternán tormentos:
los buenos, cobrando | veros galardones,
serán fechos dioses | de bienes contentos.

2 Nos inclinamos á indicar esta fecha, conocidos los siguientes versos,

tempto del mundo que ni por su concepción, ni por su forma literaria, ni por la lengua en que aparece escrito, ni por los elementos artísticos de que se reviste, puede ser reputado por la crítica como una producción aislada y desasida del gran movimiento, que habían tomado letras y ciencias en el suelo castellano; ley á que se sujetan no menos claramente, aunque en diverso sentido, otros ingenios de Portugal, entre los cuales brilla don Pedro, el Condestable, tan celebrado de los ingenios de don Juan II.

Era el Condestable hijo del Infante don Pedro, y como él, dado desde sus primeros años al ejercicio de las letras, habiendo tenido, como él, un fin desventurado por no saber refrenar sus ambiciones. Nacido en 1429, contaba apenas diez y seis años, cuando interesado su padre en favor de don Álvaro de Luna, enviábale en su ayuda á la cabeza de dos mil peones y seiscientos caballos, investido ya del cargo de Condestable por muerte de su tío, el Infante don Juan. En la batalla de Olmedo ganaba

en que pintando la inestabilidad de los favores cortesanos, aludía don Pedro á la privanza de don Álvaro de Luna:

Ya pues veamos | Aman qué razona
de tí, ó qué siente | de bien ó de mal:
fable el Maestre, | señor d'Escalona,
diga si le fueste | fiél é leal.

Recordando que el Infante muere en 1449, y que en esta época se había restituido don Álvaro á la privanza con más poder que nunca, es evidente que se alude aquí al destierro anterior, fruto del *Seguro de Tordesillas*: duró este, aunque la sentencia dada por los nobles fijaba seis años, sólo de 1439 á 1441, en que, preso el rey don Juan por los infantes de Aragón, abandonó don Álvaro su villa de Escalona, donde vivía retirado, para sacar al rey, como lo hizo, del poder de los revoltosos. Estas circunstancias podrian inducirnos á sentar que las *Coplas del Contempto del mundo* se escribieron en 1440, término medio entre las dos fechas citadas; pero reparando en que dá el Infante título de *Maestre* á don Álvaro, dignidad que sólo obtiene despues de la muerte del Infante don Enrique, acaecida en 1445, por efecto de las heridas que recibió en la batalla de Olmedo, es innegable que sólo pudo escribirse este poema hecha ya elección en el privado de don Juan II, y recibido generalmente como tal Maestre de Santiago. Parece por tanto evidente que el gobernador de Portugal puso fin á su libro por los años de 1446.

don Pedro prez y reputación de esforzado, tornando á poco, no sin muestra de las mercedes que siguieron á tan grande escándalo, al suelo portugués, donde prosiguió sus estudios. Había conocido personalmente en el ejército real á don Íñigo Lopez de Mendoza, que recibía también, como gaje de su lealtad, en la expresada batalla título de Marqués de Santillana; y deseoso de poseer todas las poesías que le daban renombre de consumado trovador, suplicábale en 1449, por medio de Álvaro Gonzalez de Alcántara, familiar y servidor de la casa del Infante, su padre, que le remitiese sus *Canciones* y *dezires*. Á los deseos del Condestable accedió don Íñigo, dirigiéndole, cual saben ya los lectores, con el *Cancionero* de sus obras, la famosa carta que sirve á las mismas de *Prohemio*, trabajo ya antes juzgado, como uno de los más preciosos documentos de nuestra historia literaria ¹.

La desgracia que puso fin á los días del ilustre duque de Coimbra, alcanzaba también á su hijo don Pedro: el joven rey don Alfonso le despojaba en el mismo año de 1449 del título de Condestable, arrojándole de la corte, adonde pasado algun tiempo, le llamaba el amor de su hermana, la reina Isabel, borrado en el ánimo del monarca el injusto enojo que se había ensañado en su familia. Repuesto en el supremo oficio de la milicia, procuraba el Condestable ensanchar el imperio portugués en el África, repitiendo, ya sólo, ya acompañando á su primo y rey, las expediciones, contra aquella parte de la morisma. En Ceuta se hallaba en 1463, cuando muerto el Príncipe don Carlos de

¹ Véase nuestra *Introducción general*, tomo I, pág. LV.—Don Íñigo Lopez de Mendoza encabezaba la dicha Carta-prohemio, diciendo: «En estos días passados Álvaro Gonzalez de Alcántara, familiar, é servidor de la casa del señor Infante don Pedro, muy ínclito duque de Caimbra, vuestro padre, de parte vuestra, Señor, me rogó que los *dezires* é *canciones* mías enviase á la vuestra manifiçencia», etc. (*Obras del Marqués*, p. 1.ª de nuestra edición). De estas palabras y del epígrafe de la carta se deduce, sin género de duda, que se escribió antes de la caída del Infante gobernador y de la Batalla de Alfarrobera, en que muere, y por tanto antes de 1449 y cuando más en los primeros meses de aquel año, comprobándose así cuanto sobre este punto expusimos en la *Vida del Marqués de Santillana* (*Obras*, pág. LXXXIX).

Viana, llegábale una diputacion de catalanes para ofrecerle la corona del Principado y aun de todo Aragon; tentacion tan fuerte que le llevaba luego á Barcelona, donde tomaba titulo de conde y de rey en los primeros dias de 1464, empeñándose en una lucha temeraria, con seguro riesgo de su honra y de su vida. Vencido en los Prados del Rey por el príncipe don Fernando, que frisaba apenas con los trece años, salia el Condestable de la batalla, merced á la no gloriosa industria de arrojar la sobreveste, mezclándose entre los vencedores; y á salvo ya de aquel peligro, moria dos años adelante, tras infructuosos esfuerzos, al dirigirse desde Manresa á Barcelona, no sin fama de envenenado. Don Pedro trasmitia por su testamento al Príncipe don Juan, su sobrino, el derecho no legitimado por las armas al trono de Aragon, pagandó así las deudas de cariño, que habia contraido con la reina doña Isabel, su hermana. Cuando aceptó la oferta de los catalanes, tomó por divisa personal, que traia en su escudo, un alcotan con su capirote, escribiendo debajo este lema: *Modestia por alegría* ¹.

Tal fin tuvieron las esperanzas de don Pedro de Portugal, pasando de este siglo á los treinta y cinco años de una vida, que prometia abundantes laureles para la milicia y para las letras. Su juventud consagrada al estudio, no habia sido en verdad estéril en el cultivo de las últimas; y ya siguiendo el ejemplo de su padre, ya dominado del general anhelo que hacia volver todas las miradas á la córte de don Juan II, inscribióse tambien el Condestable entre los ingenios que tomaron por instrumento el habla de Castilla, asociándose al ya quilatado desarrollo de las escuelas poéticas, representadas por Juan de Mena y Santillana. Insigne testimonio daba de ellos, escribiendo la muy peregrina *Sátira de felice é infelice vida*, obra por la cual parecia filiarse en la escuela dantesca, sin olvidar no obstante el grande influjo que alcanzaba la provenzal en la regiones eruditas.

La *Sátira de felice é infelice vida*, no conocida aun en la historia de la literatura española, es en efecto una vision amorosa,

¹ Mariana, *Hist. gen. de España*, lib. XXII, cap. IV, y lib. XXIII, capítulos VI, VIII y X.

trazada sobre la pauta de la *Comedieta de Ponza*, el *Labyrintho* y tantas otras producciones, cual dejamos examinadas: aparece escrita en lengua castellana, y como en el *Servo libre de Amor*, la *Cárcel de Amor* y otras, alternan en ella la prosa y los metros ¹. Supone el Condestable que jóven todavía, se halla durante una noche de julio (el mes de César) solo, triste y acongojado en medio de un campo, cuando se le aparece la *Discrecion*; y reprendiéndole la amorosa pasion que le domina, le pone delante para disuadirle de su locura, el vario ejemplo de los desastres y miserable fin de los enamorados de la antigüedad, no sin añadir los casos lastimosos de los tiempos modernos, entre los cuales tiene señalado lugar la desdicha de Macías, llorada una y otra vez por los vates castellanos ². El silencio es la respuesta del poeta, sumido en dolorosa amargura; pero de pronto se siente transportado á un «arboleda bien poblado de fermosos é fructuosos árboles», donde recostándose «en las verdes yeruas», crece su desconsuelo con el alegre canto de las aves, viéndose al cabo rodeado de «grand compañía».

¹ Custodiase en la Biblioteca Nacional bajo la marca P. 61, en un tomo 4.º, escrito por un Cristofol Bosch en 1468, siendo por tanto coetáneo del Condestable, pues aparece hecha la copia dos años despues de su muerte. El nombre del trasladador y la circunstancia de haber pasado en Cataluña don Pedro los últimos dias de su vida, gozando del amor de aquellos naturales, nos inducen á creer que fué este códice escrito en el Principado, donde como sabemos era ya muy familiar la lengua de Castilla. Y no queda, por último, duda en el particular, leida la nota final, á que aludimos, la cual dice así: «Ffou acabad lo present libre á X de may any 1468 de ma den Cristofol Bosch, librater.—Deo gracias».—La *Sátira* lleva por epígrafe: «Síguese la epístola á la muy famosa, muy exçelente princesa, muy devota, muy virtuosa é perfecta señora, doña Isabel, por la deifica mano reyna de Portugal, gran señora en las libianas (líbricas, africanas) partes, embiada por el su menor hermano é en deseo perpétuo mayor servidor».—Explicando las razones por qué da el título de *sátira* á esta vision, dice: «La intitulé *sátira*... que quiere dezir reprehension, con ánimo amigable corregir; é aun este nombre *sátira* viene de *satura*, ques loor». (Dedicatoria á la Reina). Esta misma etimología adoptaron notables comentadores del siglo XVI.

² Véase lo que en el cap. VIII del tomo precedente dejamos apuntado respecto de la version, que da el Condestable en órden á la desgracia de Macías.

Era esta el colegio de las siete virtudes: la *Prudencia* le exhorta á que tenga fé en su dama, cuyo más cumplido elogio hacen las restantes, comparándola con las heroínas de la antigüedad y anteponiéndola en hermosura y discrecion á las mismas diosas Vénus y Minerva: su sabiduría deslustra la de los más celebrados oradores y filósofos. Declarando que posee las tres caras de *Prudencia* (memoria, seso y providencia), enaltece asimismo su piedad cristiana y su honestidad, haciendo de ella acabado retrato; todo lo cual exaspera más vivamente el dolor del poeta, para quien es imposible concebir cómo la que le mata á desdenes, merece tan altas alabanzas. Acusando á su dama de tirana y cruel, mueve á la *Piedad* á mitigar su excesiva tristura, culpando al «fado ó constelación», en que su hermosa ha nacido, de que «Amor non faga en ella morada». Á esta declaración nada cristiana, replica el poeta que vive para que la adversa fortuna ejecute en él mayores rigores; pero que si vive para los que le ven vivir, él para sí está muerto, por lo cual ambiciona el último día. Las virtudes le dejan esclavo de los «fadados crueles», situación que procura pintar en apasionados versos, apareciendo despues la claridad del sol naciente, que desvanece las tinieblas y disipa aquella vision, tan desconsoladora como grata al amoroso desvelo del poeta.

Muestra esta sumaria exposicion que el Condestable de Portugal seguía en todo el *arte alegórico*, hermanándose así con los ingenios más aplaudidos de Castilla: como su padre, se preciaba de erudito y entendido en la historia antigua, haciendo excesivo alarde de nombres propios, que entorpecen á menudo la narracion, y dando cabal idea de aquel afán despertado en los pueblos neo-latinos por apoderarse de los tesoros clásicos: como su padre, que se dejaba llevar de la corriente en que hemos visto ya á Juan de Mena y otros ingenios de la España Central, daba al hado y fortuna una intervencion directa, negada y vigorosamente contradicha por los escritores ascéticos¹; y como su padre cultivaba por último la escuela lírico-provenzal, ofreciendo en la

¹ Véanse los capítulos XIV y XIX del I.^{er} Subciclo de esta II.^a Parte y el XII del segundo, ts. IV y VI.

misma *Sátira de felice é infelice vida* señalado testimonio de su esmero y atildamiento, como cultivador de la poesía castellana, aventajando no solamente á sus compatriotas, sino tambien á otros muchos trovadores de la córte de don Juan II. Veamos en prueba cómo empieza el lamento final de la *Sátira*, «á la más perfecta del uniuerso dirigido»:

Discreta, linda, fermosa,
templo de mortal virtud,
honestad muy graciosa,
luzero de juventud
y de beldad:
á mis preces acatad,
oyd las plegarias mías;
non fenezcan los mis días
con sobra de lealtad.

Non fenezca vuestra fama
que vuela por toda parte;
non fenezca quien vos ama:
desechad, echad aparte
la crueldad:
seguid virtud é bondad,
é non lieve la victoria
la dañada voluntad ¹.

Con igual entonacion prosigue, dando quejas á su amada; y aunque su lenguaje es por extremo artificial, como son exagerados los sentimientos que revela y rebuscados los pensamientos que expresa, siempre es digno de considerarse que sobre ser

¹ Consta esta notable composicion de quince estrofas, como las presentes, entre las cuales se hallan algunas de arte mayor, en que declara qué cosa sea piedad. Hállase al fól. 65 del citado códice, y para que los lectores formen cabal idea del mérito del Condestable de Portugal, como versificador castellano, trasladaremos aquí alguna de dichas estrofas:

¡Qué es otra cosa | usar piädad,
Saluo ser sancta | é ser religiosa,
Pia é humilde, | misericordiosa,
Liberal, dadora | con graciosidad?...
Mirad pues los títulos | de gran dñidat,
que ganan aquellas | que son piadosas:
ganaldos uos, lumbré | é luz de fermosas;
ganad é quered | tal felicitat, etc.